

porque está prohibida por las leyes, como los juegos de envite, ú otros semejantes, ó porque por el exceso de la cantidad que se aventura, por la pérdida del tiempo, por el descuido de las obligaciones, por los peligros ó escándalos, llega á ser frecuentemente nociva á la conciencia, no es de ninguna manera licita.

Padres y madres de familias, que no contentos con la ruina que causais en vosotros mismos, y con descuidar la buena educacion de vuestros hijos y criados, exponéis la inocencia y suerte de unas jóvenes inexpertas, conduciéndolas á los festines para que sean el cebo de las insolentes miradas, y para que por su parte sientan en el tierno pecho todo el fuego de la vanidad y de la concupiscencia, mirad lo que haceis; y ya que no tengais piedad de vuestras almas, tenedla á lo menos de aquellas inocentes, que perecen las mas veces, no tanto por exceso de malicia, como por defecto de instruccion y experiencia. Todos los hijos se persuaden que caminan seguros siguiendo los consejos y ejemplos de sus padres: por tanto, estos serán responsables de sus vicios y deslices; las madres de familias habrán de dar cuenta á Dios, no solo de los escándalos que ocasionaron con la vanidad propia, sino de los que causan sus hijas, de quienes son directoras y maestras.

---

## DIA CATORCE.

### SAN BONIFACIO, MÁRTIR.

Hacia el principio del cuarto siglo, bajo el imperio de Galerio Máximo, se admiró en la Iglesia una de aquellas extraordinarias conversiones que obra algunas veces la mano poderosa del Señor para animar

la confianza de los pecadores, y para descubrir al mismo tiempo á los hombres los tesoros de sus misericordias.

Habia en Roma una dama joven, noble, rica y poderosa, llamada Aglae, hija de Acacio que habia sido procónsul, de familia senatoria, la cual estaba tan entregada al fausto y á la vanidad, que solia dar al pueblo juegos públicos, cuyos gastos costeaba ella misma. Era á la verdad cristiana, pero desacreditaba el nombre y la profesion con su desarreglada vida. Ocupada toda del espíritu del mundo, se entregaba totalmente á las diversiones, hasta tocar la raya de la disolucion, con grande escándalo de todos los fieles.

Tenia comercio ilícito con su mismo mayordomo, joven de bella disposicion, pero dado al vino y á todos los demás desórdenes. Llamábase Bonifacio, y aunque era tambien cristiano, lo era solo de nombre, deshonorando la profesion, igualmente que su ama, per la disolucion de sus costumbres. En medio de estos defectos, se notaban en él tres buenas prendas: compasion de los miserables, caridad con los pobres, y hospitalidad con los extranjeros.

Hacia mucho tiempo que traia una vida muy desordenada, cuando el Dios de las misericordias mudó su corazon con la conversion de la misma que le habia pervertido. Movida Aglae de una poderosa gracia interior, abrió los ojos para conocer sus desórdenes, y espantada con la vista del número y de la gravedad de sus pecados, despedazado el corazon de dolor, resolvió aplacar la ira de Dios con sus limosnas y con una pronta penitencia.

A la conversion de Aglae se siguió inme diatamente la de Bonifacio, y ambos repararon con ventaja el escándalo que habian dado á los fieles, con la mudanza de su vida y con sus grandes ejemplos. Comenzó Aglae haciendo á Dios un generoso sacrificio

de todas sus galas y sus joyas; prohibióse todo género de diversiones, y se retiró para siempre de todas las concurrencias mundanas. A las antiguas diversiones ilícitas sucedió el ayuno, la oracion, el cilicio y otras muchas penitencias; y procurando redimir sus pecados con sus limosnas, se sepultó en un profundo retiro, determinada á pasar lo restante de su vida entre gemidos y llantos. Por su parte Bonifacio no omitia medio alguno para ser fiel á la gracia, dando cada dia nuevas pruebas de la sinceridad de su conversion.

Noticiosa Aglae de que el emperador Galerio Máximo continuaba en el Oriente la persecucion contra los cristianos, que habia cesado en Roma despues de algunos años, y que cada dia sellaba la fe con su sangre algun generoso confesor de Jesucristo, llamó á Bonifacio, y le dijo con las lágrimas en los ojos: « Bien sabes la necesidad que tú y yo tenemos de so- » licitar la proteccion de los santos mártires, tan » poderosa con el Señor. He oido decir, que todos » los que sirven á los santos que combaten por Jesu- » cristo, merecen que los mismos santos intercedan » por ellos en el tribunal del supremo Juez; la per- » secucion es cada dia mas furiosa en el Oriente; to- » dos los dias se hacen nuevos mártires; vé, pues, y » tráeme algunas reliquias; haz cuanto puedas para » presentarme el cuerpo de algun mártir, que yo le » recibiré con veneracion, y construiré en su honor » un oratorio. »

Muy gustoso Bonifacio con semejante comision, dispuso un magnifico tren para partir á desempeñarla: tomó una gran cantidad de dinero, así para comprar los cuerpos de los mártires, como para socorrer á los siervos de Dios que estaban en las cárceles, y para hacer cuantiosas limosnas á los pobres. Prevenidos, pues, doce caballos, tres literas, y

diversos aromas para embalsamar los santos cuerpos, partió para la Cilicia. Al despedirse de su ama, la dijo como por chanza: « Señora, vos me enviais á que os » traiga el cuerpo de algun mártir; si Dios me hiciera » la gracia de que diese mi vida por la fe, y os traje- » ran mi cuerpo, ¿le tendrais por reliquia? — Boni- » facio, le respondió Aglae, ya no es tiempo de chan- » zas; la corona del martirio no se hizo para tan » grandes pecadores: procura no desmerecer traer- » me el santo depósito que te encargo, y hacerte » digno de la proteccion del santo cuyas reliquias me » condujeres. »

Hicieron estas palabras grande impresion en nuestro santo. Prohibióse el uso de la carne y del vino por todo el tiempo del viaje; y juntando á esta abstinencia la continua oracion que hacia á Dios, y las copiosas lágrimas de contricion que derramaba, se iba disponiendo para la corona del martirio.

Luego que llegó á Tarso de Cilicia, envió al meson el equipaje y los criados, y él se fué en busca de algunos cristianos de la ciudad para saber lo que en ella pasaba. Muy presto le informaron sus mismos ojos; porque habiendo llegado á una gran plaza, vió en ella atormentar á los santos mártires, que eran en número de veinte. Unos estaban colgados cabeza abajo, encima de una hoguera encendida; otros extendidos sobre cuatro palos, y horriblemente despedazados; estos descuartizados, aquellos enclavados, aserrados, empalados, azotados, casi espirando á la violencia de los golpes, y tan cruelmente atormentados, que los circunstantes, aunque por la mayor parte paganos, estaban horrorizados.

Encendido Bonifacio, á la vista de este espectáculo, en un nuevo deseo del martirio, y animado de mayor aliento, lleno de confianza en la misericordia de aquel Señor que le daba tanto espíritu, rompe por la

muchedumbre, se acerca á los santos mártires, les abraza, besa tiernamente sus heridas, y grita con esfuerzo fervoroso : « Grande es el Dios de los cristia- » nos; poderoso es el Dios á quien adoran estos san- » tos mártires, y por cuya gloria tienen la dicha de » derramar su sangre. Siervos de Dios, héroes cris- » tianos, yo os suplico que rogueis á Jesucristo por » mí, y me consigais la gracia, aunque soy tan grande » pecador, de que tenga parte en vuestros combates » y en vuestro triunfo: » Arrojándose despues á los piés de los generosos confesores, besaba sus cadenas, y levantando la voz, les decia : « Buen ánimo, már- » tires de Jesucristo; combatid por aquel que com- » bate con vosotros; confundid á todo el infierno con » vuestra fe y con vuestra constancia; pocos momen- » tos os quedan para padecer; el combaté es corto, » el premio es inmenso, es eterno. »

El gobernador Simplicio, que estaba presente, habiendo advertido lo que pasaba, dió orden para que le condujesen á su tribunal, y le preguntó quién era, y qué queria decir aquella especie de entusiasmo. Yo soy cristiano, respondió Bonifacio con tono intrépido y firme, y envidio á los bienaventurados mártires la dicha que tienen de derramar su sangre por un Dios que, hecho hombre para redimirnos, dió primero su sangre y su vida por nosotros. Admirado el gobernador de aquella intrepidez, le preguntó : ¿Cómo te llamas? Ya te lo he dicho, respondió el santo : yo soy cristiano; pero si quieres saber mi nombre vulgar, me llamo Bonifacio. Muy osado eres, replicó el gobernador, pues me vienes á insultar al pié de mi tribunal y á la vista de los suplicios. Ahí tienes un altar, para que aquellos de tu religion que quisieren librarse de ellos, sacrifiquen á los dioses : sacrifica tú al instante al gran Júpiter, porque sino, voy á dar orden para que seas atormentado de mil

maneras. Puedes hacer de mi lo que quisieres, respondió el santo; pues ya te he dicho repetidas veces que soy cristiano, y no quiero ofrecer sacrificios á los infames demonios. Irritado furiosamente el gobernador con esta respuesta, le mandó apalearse hasta que moliesen sus huesos; y haciendo aguzar unas pequeñas astillas, ordenó que se las hincasen entre las uñas. Era el dolor vivo y agudo, pero el santo lo toleró con un semblante risueño. Juzgando Simplicio que le insultaba con aquella rara serenidad, dió orden para que le echasen en la boca plomo derretido. Persuadido Bonifacio que este tormento le quitaría el uso de la lengua, quiso prevenirle para consagrar á Dios el último ejercicio de ella; y levantando los ojos al cielo, hizo esta devota oracion.

*Te doy gracias, Señor mio Jesucristo, porque te dignaste aceptar el sacrificio que te hice de mi vida : ven, Señor, en socorro de tu siervo, perdónale todas sus maldades; sean purgadas con su sangre, y sirvale la muerte de penitencia. Fortifícame con tu gracia, y no permitas que me venzan los tormentos.* Acabada esta oracion, se volvió á los otros mártires, y con voz alta les dijo : *Yo os suplico, siervos de Jesucristo, que rogueis á Dios por mí.* Todos los santos mártires se encomendaron tambien á sus oraciones. Enternecióse el pueblo á la vista de este espectáculo, y Bonifacio comenzó á clamar á voz en grito : *¡O qué grande es el Dios de los cristianos ! No hay otro Dios ; el Dios de los mártires es el único Dios verdadero. Jesucristo, Hijo de Dios, salvadnos ; todos creemos en vos, tened misericordia de nosotros.* A este tiempo el pueblo echó por tierra el altar, y comenzó á arrojar piedras contra el gobernador, que se vió precisado á retirarse y á esconderse hasta que se apaciguase la sedicion.

El santo fué conducido á la cárcel, y el día siguiente, hallándole el juez tan firme y tan intrépido

como el anterior, mandó que le echasen en una caldera de pez y aceite hirviendo. Hizo el santo mártir la señal de la cruz sobre ella, y reventando la caldera por todas partes, salieron torrentes de pez derretida, que abrasaban á los circunstantes. Espantado el gobernador del poder de Jesucristo, y temiendo otra nueva sedicion, mandó que le cortasen la cabeza. Así purgó Bonifacio las culpas de su vida pasada, derramando su sangre por Jesucristo. A su muerte, que sucedió el día 14 de mayo, se siguió inmediatamente un gran temblor de tierra, que atemorizó á los gentiles, y muchos se convirtieron.

En este tiempo los compañeros y criados de Bonifacio, ignorantes de lo que habia pasado, inquietos y cuidadosos, viendo que despues de dos dias no habia parecido en la posada, le andaban buscando por todas partes; y aun algunos se adelantaron á juzgar que estaria sin duda en alguna casa de juego, ó quizá en otra peor. Como andaban preguntando por un extranjero, recién llegado de Roma, de mediano talle, robusto, de pelo rubio y rizado, con una capa roja, encontraron con el hermano del carcelero, que por las señas les dijo era sin duda uno que dos dias antes habian preso por cristiano, y le habian cortado la cabeza. ¿No nos harás el favor de enseñarnos el cuerpo? le dijeron ellos. Y él les respondió: No teneis mas que seguirme, pues todavia le hallaremos en la arena.

Apenas le reconocieron, cuando llenos de admiracion, de gozo, y de arrepentimiento por los malos juicios que habian hecho, se arrojaron á sus piés, deshaciéndose en lágrimas. Entonces la cabeza del santo mártir, con un prodigio verdaderamente extraordinario, abrió los ojos, y mirándolos á todos con una halagüeña sonrisa, los llenó de compuncion y de consuelo. Despues de haber satisfecho su devocion, pidieron al oficial que les permitiese llevarse el

santo cuerpo; y lo consiguieron mediante quinientos escudos de oro que le dieron por él. Embalsamáronlo, y envolviéronlo en preciosas telas, y metiéndolo en una litera, volvieron á tomar el camino de Roma, no cesando de alabar á Dios por el dichoso fin del sauto mártir.

Por este tiempo, hallándose Aglae en oracion, oyó una voz del cielo, que la dijo: *El que antes era criado tuyo, ya es hermano nuestro; recibele como á tu Señor, y colócale dignamente, porque singularmente á su intercesion deberás que Dios te perdone tus pecados.* Levantóse prontamente, y saltando su corazon de alegría, rindió mil gracias á Dios por la misericordia que habia usado con su siervo. Rogó á algunos clérigos que la acompañasen, y salió á recibir las santas reliquias, cantando devotas oraciones por el camino, todos con velas en las manos y con prevencion de aromas. Apenas habian andado un cuarto de legua, cuando llegó el cuerpo del santo mártir. No se puede explicar la veneracion y las lágrimas de gozo con que fué recibido. Enterráronle en un terreno que era posesion de Aglae, y allí mismo esta hizo levantar un magnífico sepulcro, y algunos años despues mandó construir un oratorio. Renunció enteramente al mundo, repartió sus bienes entre los pobres, dió libertad á sus esclavos, y no teniendo consigo mas que algunas doncellas que la servian. dispuso que la hiciesen una ermita junto á la capilla del santo mártir, donde vivió todavia trece años entregada á los mas ejemplares ejercicios de devocion, y murió santamente, declarando el Señor la santidad de su sierva con muchos milagros.

#### MARTIROLOGIO ROMANO.

La fiesta de san Bonifacio mártir, que padeció en Tarso de Cilicia en tiempo de los emperadores Dio-

elecciano y Maximiano; su cuerpo fué llevado despues á Roma, y enterrado en la via Latina.

En Francia, san Poncio mártir, por cuya predicacion ó industria se convirtieron á la fe de Jesucristo los dos Filipos Césarés; alcanzó la palma del martirio en el imperio de Valeriano y Galieno.

En Siria, san Victor y santa Corona mártires, en tiempo del emperador Antonino. Victor fué primeramente atormentado por el juez Sebastian con muchos géneros de suplicios, y todos igualmente horribles: entonces la mujer de un soldado llamada Corona, admirando la constancia con que sufría tan crueles dolores, principió á alabar su esfuerzo y á llamarle bienaventurado; al mismo tiempo vió caer dos coronas del cielo, la una para Victor, y la otra para ella; y asegurando esto á todos los circunstantes, fué despedazada entre dos árboles, y Victor decapitado.

En Cerdeña, los santos mártires Justo, Justina y Henedina.

En Roma, san Pascual papa, que hizo sacar de las grutas muchos cuerpos de santos mártires, y colocarlos honoríficamente en varias iglesias.

En Ferento en Toscana, san Bonifacio obispo, el cual, segun escribe el papa san Gregorio, floreció desde su infancia en santidad y milagros.

En Nápoles, san Pomponio obispo.

En Egipto, san Pacomio abad, que fundó en este país un gran número de monasterios, y escribió para sus monjes la regla que le habia dictado un ángel.

*La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue.*

Da, quæsumus, omnipotens      Concédenos, ó Dios omnipo-  
Deus, ut qui beati Bonifacii      tente, que los que celebramos  
martyris tui solemnia colimus,      la festividad de tu bienventu-

ejus apud te intercessionibus      rado mártir Bonifacio, seamos  
adjuvemur. Per Dominum      ayudados con su intercesion.  
nostrum Jesum Christum...      Por nuestro Señor Jesucristo...

*La epistola es del cap. 5 de la Sabiduria, y la misma que el dia 1, pag. 12.*

## NOTA.

« El libro de la Sabiduria es sublime y persuasivo »  
» en muchos lugares. Inspira un profundo respeto á »  
» las cosas de Dios, y gran desprecio de todo lo que »  
» parece mas estimable en el mundo. Hace una pin- »  
» tura tan viva del espanto y de la desesperacion de »  
» los malos, cuando se vean en el tribunal de Dios, »  
» que quizá no hay en toda la Escritura cosa mas »  
» capaz de hacer una terrible impresion en los cora- »  
» zones. »

## REFLEXIONES.

¡Qué necios fuimos! ¡qué insensatos! dicen en la hora de la muerte los mundanos, los disolutos, los carnales, los impíos. Esto se llama conocer muy tarde sus extravíos; ¿y de qué servirá entonces ese concimiento? ¿qué efectos produce esa confesion? Turbaciones, arrepentimientos punzantes, pero estériles, un despecho que dista poco de la rabia, y una desesperacion que es seguida de una infelicidad eterna. El que voluntariamente se quiso mantener en la ilusion y en el error, el que quiso ser insensato en la vida, se hace prudente y discreto en la hora de la muerte; pero discrecion muda, ineficaz; discrecion puramente especulativa, que llega ya muy tarde; discrecion que descubre el error sin remedio, porque ya no es tiempo. Esta discrecion tambien la tienen los demonios y los condenados en el infierno, del mismo modo que tienen aquella fe que los espanta,

que les descubre su pasada necedad, que les hace estremecer, pero no los convierte.

Verdaderamente causa grande compasion ver aquella necia seguridad, y aun aquella complacencia con que los hombres se extravían. Por poco que la voluntad y la razon estén de acuerdo en algun punto, ya no se admite ni la mas leve sospecha de error; la mayor ilusion se juzga por la mas constante verdad, y aun muchas veces por primer principio en la filosofia del mundo. De aqui nace aquella licencia de costumbres, á la verdad civilizada y cortés, pero cuya corrupcion causa tanto mayor estrago, quanto parece menor su malicia, no causando espanto ni aun novedad.

No se habla aqui de aquellos groseros desórdenes, de aquellas disoluciones que siempre se miran con horror, que condenan todos los hombres de bien; háblase de aquellos vicios domesticados, de aquellas pasiones civilizadas, que el amor propio ha encontrado medio de hacer reinar pacíficamente aun entre gentes que hacen profesion de devotas. La pasion dominante, ese vicio favorecido de cada uno, logra de ordinario esta suerte. Ya fatigue, ya atormente, ya consuma el cuerpo, y ya desgaste el espíritu, no se la inquieta; como su dominacion es tan dulce, siempre es tranquila; se excusan, y aun se autorizan hasta sus mismos excesos. Nada mas pasmoso que los sistemas de bondad, de honradez y aun de virtud que cada uno se forja á favor de la ilusion. Siempre codiciosos de bienes, siempre mas y mas afanados por acumularlos, siempre esclavos de una insaciable avaricia, todo se sacrifica al interés: tranquilidad, amigos, conciencia, todo se inmola á este ídolo. Si la religion, si la razon, si la conciencia gritan que es impiedad, que es injusticia, no se les da oídos; porque en el tribunal que favorece á la

pasion están corrompidos todos los testigos. Cuando el amor propio quiere, por decirlo así, elevar al trono la ambicion, la avaricia ó alguna otra de aquellas pasiones á que es mas propensa la inclinacion del corazon humano, tiene gran cuidado de ganar primero la razon; una vez logrado su voto, no solamente todo cede, sino que todo concurre á hacer su reinado tranquilo. Ya no se piensa en descubrir su tirania, sino en amar su opresion y su dureza. Esta es la grande obra de aquellas ilusiones, que lo son mas del corazon que del entendimiento. El desvarío llega hasta una especie de insensatez. Hágase la pintura mas viva y mas natural de la pasion dominante, ó del vicio mas favorecido de cada uno; represéntese con los colores mas expresivos; todos son muy ingeniosos para aplicarla á otros, y ninguno hay que reconozca en ella su retrato. No se piensa mas que en ganancias; no se habla mas que de negocios; no se emplea el tiempo mas que en expedientes; toda la vida se pasa en un trabajo duro y penoso, que la ilusion llama gobierno, prevision y prudencia. Un suceso feliz, pero pequeño, aunque nunca corresponda á la esperanza, aviva todos los deseos y no apaga ninguno. En medio de una disposicion tan poco cristiana se vive sin remordimientos, porque el corazon y el entendimiento están acordes. La preocupacion cierra la puerta á todas las reflexiones; con que nada puede disipar aquella niebla. Una vez que la conciencia es muda, ya no se da oídos á los consejos saludables, ni á las mas fuertes inspiraciones: ni aun se advierte el peligro cuando se vive en el error. Luego que Sanson se vió esclavo, perdió la fuerza y los ojos; imágen viva de nuestras ilusiones. *Nos insensati.* ¿A qué cosas llamaremos locura, si no lo es la falsa seguridad de muchísimas personas? En la hora de la muerte se desvanecen todas las ilusiones;

entonces se ve, se piensa, se discurre con acierto; mas ¿para qué? para inferir que todo se ha perdido. *Ergo erravimus*. Sinceridad llena de desesperacion.

*El evangelio es del cap. 15 de san Juan, y el mismo que el dia VII, pág. 174.*

### MEDITACION.

#### DE LA VIDA ESTÉRIL EN BUENAS OBRAS.

##### PUNTO PRIMERO.

Considera cuánto ha hecho Dios por nuestra salvacion; cuánto ha trabajado hasta ahora para que diésemos fruto; con qué bondad nos ha estrechado, solicitado y ofrecido mil medios para santificarnos.

Trae á la memoria aquella parábola, por una parte tan instructiva, y por otra tan eficaz, de que se valió el Salvador, cuando dijo que, habiendo ido el padre de familias á recoger el fruto de una higuera que habia plantado en una viña, y hallado que ninguno habia dado, dijo al guarda: Ya ves que hace tres años que vengo á buscar el fruto de esta higuera, y en todos tres no ha dado fruto alguno; córtala, pues, que no es razon ocupe inútilmente la tierra. El guarda le respondió: Señor, tened á bien permitir que se la deje un año mas; yo la cultivaré, y si el fruto no correspondiere á mi cultivo, entonces se podrá cortar.

Nosotros éramos en el mundo no solamente árboles estériles, sino desecados y carcomidos con el pecado original. Trasplantónos Dios, por decirlo así, en el campo fértil de su Iglesia, por un efecto particular de su misericordia, prefiriéndonos á tantos otros; ó, por gracia aun mucho mas especial, nos trasplantó en el campo de la religion, si tenemos la dicha de haber abrazado el estado religioso.

¿Hemos hecho alguna vez digna reflexion sobre la ventaja que logramos en haber sido trasplantados en una tierra tan santa, tan cultivada con los trabajos, y tan regada con el sudor y con la sangre de un hombre Dios? Esta es aquella tierra que en todos tiempos ha producido aquellos ilustres héroes del cristianismo, y que todos los dias está produciendo tan grandes santos de todas edades, de todos sexos y de toda suerte de estados. Esas grandes almas con la misma cultura, esto es, con los mismos auxilios que nosotros logramos, dieron y están dando cada dia frutos dignos de la vida eterna.

No tuvieron otro Evangelio ni otros sacramentos; los auxilios en todos tiempos han sido abundantes. Solo tuvieron cuidado de vivir segun las máximas de Jesucristo, de aprovecharse del frecuente uso de los sacramentos, de cumplir exactamente con las obligaciones de su estado, y de corresponder con fidelidad á la gracia.

Si tenemos la dicha de vivir en el estado religioso, miremos á los grandes santos que nos precedieron, como originales ó modelos que debemos imitar. No tuvieron otras reglas que las nuestras; solo fueron mas fieles en observarlas, y solo con observarlas se hicieron santos. Fuera de eso, nosotros logramos una ventaja que no lograron ellos, y es el estímulo de sus buenos ejemplos. Ellos pasaron delante, y nos enseñaron qué cosa tan dulce y tan segura es el seguirlos. Nosotros mismos confesamos que fueron verdaderamente discretos y verdaderamente dichosos, por haber vivido como vivieron; ¿seremos nosotros prudentes, y podremos racionalmente esperar que seremos felices, viviendo como vivimos? ¿Mi Dios, qué manantial este de reflexiones, de arrepentimiento, y acaso tambien de un justo sobresalto, considerando mis ingraticudes, mi cobardía y mis in-